

Lucas 10, 25-37

Juan Manuel del Río

Parábola del buen samaritano.

En el Evangelio de Cristo, parábola del buen samaritano. “Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó...”. Eso dice el texto. Y aquel hombre corriente, anónimo, -yo, tú, él-, se encontró de golpe, -ayer, como hoy, y como siempre-, con las metrallas universales de la incompreensión, del odio, de la injusticia, del sin sentido. De los que desprecian, o no aman la vida de los demás. Y quizá la propia. Y por muerto lo dieron. Tendido quedó sobre el camino. Descabalgado de la vida, prácticamente.

Bajaba...

Leo la parábola, y mi despiste (o no tanto) puede ser fijarme en el herido, en el sacerdote, en el levita, y en el “buen samaritano”. Y olvidarme del paisaje. El paisaje es importe. Es parte inherente del ser humano.

El paisaje.

Bajar de Jerusalén a Jericó es lo mismo que recorrer cuesta abajo los treinta kilómetros aproximados que separan ambas poblaciones. Jericó, a unos 250 metros bajo el nivel del Mediterráneo. Pero el paisaje es también de subida.

Subir.

“Subir a Jerusalén” es una expresión cuajada de simbolismo religioso y teología bíblica. El sacerdote, y el levita, tienen por misión subir. Subir a Jerusalén. Por consiguiente el sacerdote no bajaba, subía. ¿A dónde? Al templo. Allí habita Dios. El samaritano no subía, bajaba, ajeno al templo, que no a Dios. Sin duda iba contemplando el paisaje. El sacerdote por el contrario iría sin duda absorto en su teología. Subía.

¿Dónde está Dios?

Pero Dios no habita en el templo. Está en el paisaje, está en todas partes, está en el corazón de cada ser y de cada persona. Nunca en las metrallas, en el odio, o en la guerra. Y está sobre todo en el hombre o mujer que sufre. Dios estaba en el herido, y no lo vio. Pasó de largo, absorto en sus teológicos rezos.

El samaritano.

Fue él, el samaritano, quien salvó la situación. Fue él quien sacó a flote lo poco de misericordia que aún queda en el ser humano. Él bajaba. Pero Dios también está en la bajada.